

JESUS ANTE LA CRITICA

**SU EXISTENCIA, SU MISIÓN
Y SU PERSONALIDAD**

por el

RDO. PABLO BUYSSE, Pbro.
profesor de Apologética

Traducción del R.O. Ramiro de Santibañez, O.M.C.
Premiada por la Academia Francesa

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
SEVILLA - 41003

NIHIL OBSTAT: El censor
Agustín Mas Folch, O.C.
8 agosto 1929

IMPRIMASE: José, Obispo de Barcelona
Por mandato de S.E.I.
Dr. Francisco M^a Ortega de la Lorena Can. Scrio.

ISBN: 84-7770-461-9
D. L.: GR. 650-99
Impreso en Azahara SL

INTRODUCCION

Con el objeto de dar el debido remate a nuestra demostración técnica¹—indispensable, por lo demás, a las personas cultas, desde el momento en que el cristianismo ha venido a convertirse en un problema, incluso en sus cuestiones menos señaladas—, nos falta aún por establecer el carácter sobrenatural y divino de Jesús, fundador de la Iglesia católica. Mas, he aquí que los mitólogos nos salen al encuentro e interrumpen nuestros pasos, afirmando despiadadamente que son castillos en el aire lo que hemos levantado, de nuestra parte, y que hemos introducido en la construcción de nuestro edificio un artífice fantástico: LOS EVANGELIOS, DICEN, EN QUE NUESTRAS PRUEBAS SE APOYAN, SON MAS BIEN EL TESTIMONIO DE LA FE ANTES QUE EL DE LA HISTORIA, Y ¿QUÉ OTRA COSA ES LA MISMA FIGURA DE CRISTO SINO UN FANTASMA, UN PERSONAJE DE LEYENDA?

Y cuando los defensores de la escuela mitológica pasan a desenvolver su tesis, no es que convengan mucho entre sí. A juicio de unos, partidarios del procedimiento más avanzado, los relatos evangélicos, al igual que el origen de la religión cristiana, se explican por un movimiento de evolución, toda ella natural, proveniente de tres factores: las aspiraciones del proletariado romano, las filosofías griegas y la creencia de los judíos en un Mesías libertador. El instinto popular ha ido elaborando lentamente los mitos, las creaciones legendarias, las poesías piadosas para expresar sus conceptos metafísicos, sus esperanzas religiosas. Nada deben esos mitos a Jesús. Jesús, al contrario, vana abstracción, les debe los colores con que su imagen fué pintada, todos sus rasgos. su realidad espiritual.

1 La Iglesia de Jesús.

Tales desafueros repugnan a otros comparatistas.¹ No niegan éstos que existiera en Palestina “un pobre rabino”, de nombre Jesús, mas las convicciones y los deseos de los judíos exaltados y de griegos místicos habrían deformado, “sublimado” su retrato no menos que su misión. No guardaba él proporción con el Cristo. Muchos episodios de su historia, hartas ideas y una serie de palabras que se le aplican—los elementos cristológicos por ejemplo—contienen reflejos místicos o suenan a folklore; gracias al judaísmo posterior al destierro—judaísmo del que los libros de Daniel, de Zacarías, de Jonás, de Ester, de Tobías, de Judit, nos descubren las tendencias—se relacionan ellos con las antiguas religiones paganas, con las religiones babilónica, helénica y persa. En una palabra, “el cristianismo en tanto que fenómeno de conjunto, como Iglesia y como doctrina, ha tenido su origen mejor con ocasión de Jesús que en el mismo Jesús, de una manera consciente”.²

Los comparatistas moderados mantienen todo lo posible las conclusiones de la escuela liberal. Las iremos señalando en el curso de nuestra labor y estudiaremos los argumentos en que se fundan, procurando así dar una demostración completa y perentoria de nuestras tesis en tres capítulos:

- I. La existencia personal de Jesús.**
- II. La misión de Jesús.**
- III. La divinidad de Jesús.**

¹ Los mitólogos llevan igualmente este nombre. Aplicando el método religioso-histórico, comparan el cristianismo original y los sistemas religiosos del mismo período, para determinar las semblanzas y las diferencias que existen de una parte y otra a fin de fijar su influencia y dependencia recíprocas.

² J. Weiss, *Jesus von Nazareth*, p. 12.

La Existencia Personal de Jesús

*No se puede negar la existencia personal
de Jesús sin ultrajar a la Razón y sin
irritar profundamente el
Corazón del hombre*

CAPITULO PRIMERO

La Existencia de Jesús ante la Razón del hombre

Noches hay de duda en que la angustia os atormenta,
en que de la espira al final el alma descendida,
palidece y sobre el infinito terrible suspendida,
el viento siente del abismo y retrocede desfavorida.
Noches hay de duda en que la angustia os atormenta,
y en esas noches, en la sombra voy como un muerto.

A. SAMAIN

¿Qué se opone a la existencia personal de Jesús? La historia de las religiones con sus tesis panbabilónicas, con sus conclusiones exageradas sobre la penetración del medio ambiente judío por el heleno-paganismo; luego, en tiempos muy recientes, una Exégesis fantástica de las Epístolas de san Pablo.

Mas la Razón del Hombre que sabe discernir los móviles, pasar por el cedazo hasta los menores argumentos, escudriñar los textos y consultar en el momento preciso los sabios verdaderos, la Razón del Hombre profesa la realidad histórica del Maestro de los cristianos.

A) Hacia fines del siglo XVIII, Volney¹ y el convencional Dupuis² hicieron descender el cristianismo directamente de los astros. Mas sus vanas ocurrencias no obtuvieron sino un mísero resultado. No se les traía a cuento ya apenas³ cuando, de súbito, en 1906, un profesor alemán, M. Jensen, da, siguiendo las huellas de Winckler y de Jeremías, con un hallazgo sensacional, la prueba (?) de que el mito había hecho su aparición en Babilonia, entre los astrólogos asirios. RODEADO DE DOCE APOSTOLES, SALUD Y LUZ DEL MUNDO, EL CRISTO ERA EVIDENTEMENTE, NO PODIA SER SINO UNA REPLICA DEL MARDOUK, DIOS DEL SOL QUIEN TIENE POR CORTEJO LOS DOCE SIGNOS DEL ZODIACO Y A QUIEN LOS CALDEOS ENALTECEN EN LA EPOPEYA DE GILGAMESCH. — Asiriólogos y astrónomos sometieron el descubrimiento a un detenido examen, encogiéndose luego, unos de espaldas, los otros se sonrieron burlescamente; cada uno según su temperamento, y guardaron todos un vergonzoso silencio. Jensen no tuvo más remedio que batirse en retirada, y llegó hasta decir que “reconocía, por su parte, un Jesús que es histórico de alguna manera y que existió verdaderamente”.⁴

B) Mientras tanto, un inglés, John Mackinnon Robertson,⁵ y un americano, William Benjamin Smith,⁶ andaban a la caza de documentos hebraicos. Parecióles DESCUBRIR UN DIOS QUIEN, DESPUÉS DE HABER SIDO OBJETO DE FE Y DE CULTO, ANTES POR CIERTO DE LA ERA CRISTIANA, TOMÓ UNA APARIENCIA HUMANA con el nombre de Jesús. Volveremos a hablar de ellos oportunamente; aquí los ponemos por la influencia que ejercieron

1 *Les Ruines*, 1791.

2 *L'Origine de tous les Cultes*, 1794.

3 Inspirándose en razones muy diferentes, la escuela holandesa, con MM. Pierson, Matthes, Naber, Van Loon, durante un tiempo Loman y Van der Bergh van Eysinga, se pronunciaba todavía en contra de la historicidad de Jesús.

4 *Die Entstehung des Christentums aus der antiken Kultur*.— Véase la refutación en nuestro estudio sobre los Sinópticos. § El mito.

5 *Christianity and Mythology*, 1900.

6 *Der vorchristliche Jesus*, 1906.

sobre el autor de una cacareada exegética célebre, M. Drews.

C) Profesor de filosofía en el Politécnico de Carlsruhe, M. Drews, hízose el propagador del "Cristo mito". No contento con exponer las razones que invocaba para rechazar la Iglesia y reducir a polvo a su fundador, en dos libros in-octavo,¹ repartió esos sus escritos por uno y otro lado de Alemania, distribuyendo profusamente folletos de vulgarización,² dando conferencias y más conferencias, como si se propusiera, según frase de M. Jülicher, hacerse suyo el Universo por asalto y forzarle a adoptar sus ideas.

EL MITO DEL CRISTO DERÍVASE, a su juicio, DE DOS FUENTES DISTINTAS, UNA DE ELLAS JUDIA Y PAGANA LA OTRA. Un crítico liberal, M. Juan Weiss, escribió de un modo pintoresco a este propósito: "La cuerda con que M. Drews estrangula al Jesús histórico ha sido trenzada con dos cordeles muy delgados".

a) He aquí la aportación del JUDAÍSMO. Entre los hebreos, posteriores a Moisés, Josué viene a ser un dios solar que Efraín adora bajo el símbolo del cordero.³ Así, pues, entre Josué = Jehoshua = Salvador enviado por Jahvé y Jesús = Jeshua, no se da solamente una semejanza de nombres, existen analogías profundas. Jesús recorre la Galilea con sus doce apóstoles, lo mismo que Josué atraviesa el Jordán con las doce tribus y sus jefes, a la manera que Jason, rey de los Argonautas, conduce a sus doce héroes a Colchis después de haber atravesado el mar Negro. Ese triple hecho no es sino uno solo en realidad: Jasón, Josué y Jesús son formas variadas del mito astral.⁴ Por otra parte, ¿no simboliza el cor-

1 *Die Christus mythe.*

2 *Hat Jesus gelebt?* Cfr. *Revue du Clergé Français*, 1908-1909-1910, Fillion: *Ce que les rationalistes daignent nous laisser de la vie de Jésus* — *Les étapes du rationalisme dans ses attaques contre les évangiles et la vie de Jésus-Christ* — *La lutte pour l'existence du Christ.*

3 La idea de un culto precristiano de Jesús-Josué es también admitida por el holandés Boland. *De evangelische Jezua*, 1907.

4 "Hay, escribe Drews, sobrados motivos para pensar que el nombre de Josué o de Jesús era aquel bajo el cual el Mesías esperado era ado-

dero al Dios de los cristianos en el Apocalipsis?¹ Si se añade a todo esto que Nazaret, el pueblecito de los Evangelios, no ha existido nunca y que el epíteto de Nazareno, dado al Cristo, significa “guardián de misterio”, la fe en un segundo Dios o si podemos decirlo así en un semidiós Jesús, concluye M. Drews, se remonta sin ninguna duda a un pasado muy antiguo, anterior al cristianismo; los judíos habrían concentrado, pues, en una masa inmensa, por una parte, las ideas escatológicas de sus apocalipsis, y por otra, la concepción pagana de un Dios redentor que muere y resucita.

b) Porque el “Cristo mito” se relaciona también con el PAGANISMO. Jesús es una copia de Attis y de Adonis. La imagen astral del primero la tenemos en Orión, crucificado, atado con los brazos extendidos al árbol del mundo—en la vía láctea—, moviéndose en derredor suyo las constelaciones sobrado conocidas, el can, el tauro, el leo y geminis. Por lo que hace al otro, cada año, en la primavera, se enterraba su efigie en el curso de una fiesta en que se celebraba la aparición de la nueva temporada. Dos o tres días después, agolpábase el pueblo cabe la tumba simbólica y exclamaba, entre todo un lujo de regocijos: ¡Adonis resucita! ¡Vive!... Eso eran las pascuas paganas, el viernes santo místico. Por lo demás, ciertas solemnidades que tenían lugar en

rado en ciertas sectas judías”.—Con el objeto de no entorpecer nuestra demostración, observamos ya en estos momentos con M. Goguel, que “es inútil indagar si Josué ha podido ser, en un momento dado, una divinidad solar; basta hacer constar que en la época que nos ocupa, los Judíos que leían su historia en el sexto libro de la Biblia, veían en él un héroe nacional, sucesor de Moisés y continuador de su obra. Era él uno de los héroes más populares de la historia de Israel, como lo prueba el número de personajes que llevan su nombre (particularmente el autor de la “Sabiduría” y cuatro sumos sacerdotes entre 35 años antes de Jesucristo y 63 años después) y con respecto a los cuales no se le puede ocurrir a nadie hacer de ellos otros tantos seres míticos o héroes divinos. El sumo sacerdote Josué, nombrado por Zacarías (en el que M. Drews pretende hallar unas huellas del viejo culto efraimita) es, también, un personaje histórico; no se le debe tampoco identificar con el Mesías, que recibe la promesa de su venida (III 9)”. *Jésus de Nazareth. Mythe ou Histoire?*, p. 57.

1 Conformes. Mas el ser celeste así designado ha tenido una historia humana; ha muerto (I 5, V 9) y ha sido crucificado en Jerusalén (XI 8), y es ello precisamente lo que explica su dignidad celeste.

el solsticio de invierno inspiraron el relato evangélico de la Natividad del Salvador en Belén. Ved ahí la historia de Jesús confundida con la historia del astro central en sus correrías a través del zodiaco.

Para dar consistencia a su tesis, M. Drews acumula argumentos de detalle. La palabra viene del hebreo gélil, círculo, "lo que trae a las mientes el zodiaco, atravesado por el sol". El Jordán "tiene ciertamente, asimismo, una significación astral", corresponde a la vía láctea. María y José son divinidades del paganismo. Pedro es una encarnación de dios Proteo: sostiene la Iglesia como Atlas sostiene el globo terrestre, y su barca no difiere de la del dios Horus,¹ ni de la del dios sol...

Ante aserciones de ese calibre, dice un crítico, M. Windisch, quedase uno como atolondrado, estupefacto, y se pregunta: *¿Cómo un escritor puede proponer hipótesis tan imposibles?* Empero M. Drews no se para en barras, llega hasta negar toda autoridad a las fuentes cristianas que explotan sus numerosos adversarios. *¿De los sinópticos se trata?* "Lo que parece importante, serio y decisivo (en estos libros)... no debe su existencia a un hecho histórico sino a la creencia, anterior al cristianismo, en la divinidad redentora judío-pagana". Y *¿qué decir de san Pablo, nuestro más antiguo testimonio?* Nada sabe él de un Jesús histórico. El Hijo de Dios encarnado, que constituye el centro de su sistema teológico, es precisamente esa misma divinidad judío-cristiana, elevada a un grado superior de contemplación religiosa y moral. A partir de esas afirmaciones, la conclusión se impone. "El Cristo de la historia es una figura tan dudosa, tan inasequible, tan pálida, que no se acertaría en considerar la fe en ella como una condición *sine qua non* de salvación religiosa".²

D) En Francia, el testimonio de las epístolas paulinas impide a Salomón Reinach³ abrazar una opinión

1 Dios supremo en Edfou (Egipto). Cfr. *Los fundamentos de la fe.*

2 *Berliner Religionsgesprach*, p. 32.

3 *Orpheus*, 1909.

que el silencio de los autores no cristianos sobre la condenación y la crucifixión de Jesús, una semejanza muy marcada entre la historia de la Pasión y el salmo XXII,¹ la existencia, en fin, del Docetismo,² hacen plausible a sus ojos. Un autor en adelante famoso, M. Couchoud,³ ha ido más allá. El testimonio de Pablo se relaciona, ha dicho, con un Cristo puramente ideal. "En los orígenes, Jesús no fué un hombre, sino un ser espiritual, un espíritu,⁴ que se manifestaba entre los fieles por medio de visiones, de oráculos, de poderes maravillosos... La fe en un Cristo viviente creó la fe en un Jesús que vivió".

Ahí está el extraño método de los racionalistas sobre el que Chesterton ha asestado sus golpes: desacreditar historias sobrenaturales perfectamente fundadas, contando, en cambio, historias naturales, privadas de base en que apoyarse.⁵ Podría uno limitarse a manifestar su extrañeza si, en un mundo en el que las falsas concepciones filosóficas y el espíritu de independencia favorecen los peores errores, no hubiera tan gran número de gentes crédulas, sin el conveniente discernimiento, que se dejan seducir *por el oropel científico*.⁶ Menester es, pues, responder a esas provocaciones, y contamos demostrar sin dejar lugar a duda estas cuatro tesis:

1 Cfr. nuestro estudio sobre los Evangelios. § Las profecías.

2 Cfr. Coguel, o. c., pp. 86-96: "La conclusión a la que venimos a parar es, pues, muy clara: Los docetas no han contradicho la historia evangélica. Tratábase de cristianos idealistas que, haciendo hincapié ante todo en la noción de la divinidad de Cristo y del carácter celeste de su persona, miraban de dar una interpretación que concordase con sus ideas. Así comprendido, el docetismo no ha podido desenvolverse sino sobre el terreno de la tradición evangélica. Si los docetas hubieran tenido la más pequeña razón para pensar que Cristo no era sino una persona ideal, sin realidad histórica, no habrían invertido tesoros de ingeniosidad para dar de su historia una interpretación que le librara completamente de un contacto demasiado inmediato con la humanidad. Los docetas aparecían así como testigos de la tradición evangélica".

3 *Le mystère de Jésus*, 1924.

4 M. Couchoud se distingue así de M. Drews, quien hace de Jesús un ser mítico.

5 *Orthodoxie*, p. 54, trad. Ch. Grolleau.

6 El hombre de espíritu ve las dificultades, las sobrepasa o las estudia, el necio no las conoce. La Bruyère.

1. El Comparatismo radical desdeña una tradición histórica y sólida.
2. Responde a una actitud del todo apriorística.
3. Ninguna prueba seria ampara sus teorías místicas.
4. No merece la menor consideración.

I

El comparatismo radical menosprecia una tradición histórica y sólida

Los documentos que el historiador debe consultar para establecer la existencia personal de Jesús, se reducen a dos categorías distintas, de muy desigual valor: las fuentes de origen cristiano y las fuentes no cristianas, paganas o judías.

LAS FUENTES NO CRISTIANAS

Las fuentes no cristianas no nos dicen gran cosa.¹ “Los comienzos de un movimiento religioso, dice el P Grandmaison, son en general poco apercibidos y no mencionan apenas sino las personas que en ellos intervienen. Es más adelante, cuando la nueva agrupación

1 “Sabida cosa es cuánto precisa la prudencia en el empleo del argumento del silencio. Para que tenga fuerza probatoria, dos condiciones son menester, que no se dan en el caso que nos ocupa. Es preciso, desde luego, que el silencio sea completo, lo que no tiene lugar aquí... Es menester a continuación que el silencio sea verdaderamente significativo, es decir, que los autores considerados hayan necesariamente debido hablar, de haberlos conocido, acerca de los hechos de los que no dicen nada. Esta segunda condición tampoco se cumple en nuestro caso. Plinio, Tácito y Suetonio convienen en no ver en el cristianismo sino una despreciable superstición. No ha cautivado su atención sino en cuanto ha sido ocasión de disturbios. No hablan de ella sino para referir las medidas adoptadas contra la misma, no para investigar el origen, menos aún para hacer la historia de su iniciador real o supuesto”. Gougel, o. c., pp. 49-50.

choca con situaciones adquiridas, con intereses y ambiciones, que los demás se fijan en ella. Los historiadores ajenos a las nuevas ideas le dan entonces carta de ciudadanía. Hasta allí, no hay que contar sino con alusiones pasajeras, de una exactitud confusa, y no pocas veces hasta llenas de prevención e injustas. Ley esa que tiene su aplicación en el caso presente. Suficientes de por sí mismos los documentos judíos o paganos para poner fuera de duda la realidad de la vida de Jesús y una porción de las principales líneas de su carrera; data aproximada, campo de su actividad, muerte violenta, influencia póstuma, nos ofrecen sobre todo, en lo restante, la utilidad de darnos a conocer el medio ambiente en el que se desarrolló la historia de los orígenes cristianos.¹

LOS DOCUMENTOS JUDIOS

Es lástima no podamos utilizarlos más. Las dos partes del TALMUD,² la "Michna", o "repetición" de la ley mosaica, terminada en el siglo tercero de nuestra era, y su complemento, la "Guemara", pervirtieron precisamente y sobre todo desnaturalizaron los Evangelios, con la misma saña que, no hacía mucho, había agujoneado a los hijos de Moisés para provocar contra los discípulos del Cristo la primera persecución neroniana.³ Llenos de despecho, sin cronología y tardíos, sus doctrinas sobre Jesús no merecen la menor consideración. *No niegan su existencia personal*; antes, por el contrario, señalan a la vez a su madre, que descendía de una línea de príncipes, y—que se nos perdone esta cita blasfematoria—y al hombre que la habría corrompido. Representan al Maestro como un seductor y un apóstata, condenado a muerte bajo el poder de Poncio Pilato.

Filón, el célebre filósofo de Alejandría, contempo-

¹ *Jésus dans l'histoire et dans le Mystère*, p. 41.

² Compilación de tradiciones orales y de comentarios de los rabinos más célebres. Nos referimos al Talmud de Tiberiades. El Talmud de Babilonia venerando particularmente por los Judíos, data de los siglos v y vi.

³ Harnack, *Mission und Ausbreitung*, I, p. 50-51.

ráneo del Salvador, no nos dice nada a este respecto. Partidario ferviente del mesianismo político, persuadido de que el Mesías vendría a libertar la Palestina del yugo romano y a asegurarle una independencia gloriosa, debió tener al "hijo de José", el carpintero de Nazaret, por un soñador oscuro, por un exaltado culpable a quien le valía más despreciar y relegar al olvido.

Se suele hacer mención algunas veces de dos textos de Josefo. Uno de ellos, corto y asaz vago, cuenta el martirio de Santiago el Menor. "(El gran sacerdote) Hanan, juzgando la ocasión favorable... hizo convocar el sanedrín de los jueces y comparecer ante este tribunal el hermano de Jesús, sobrellamado Cristo—Santiago era su nombre—y algunos otros, con la acusación de ilegalidad, y los entregó a los tormentos de la lapidación". (Antiq. jud. XX, IX, 1, 200-201). El otro texto merece un cuidado particular. "*En esta época apareció Jesús, hombre sabio, si es lícito llamarle hombre. Porque llevó a cabo cosas maravillosas, fué el maestro de los hombres que reciben placenteramente la verdad, y arrastró tras sí un gran número de judíos y de helenos. Era El, el Cristo. Denunciado por los primeros de nuestra nación, Pilato le condenó al suplicio de la cruz; mas quienes le habían amado a los principios no cesaron (de reverenciarle); porque aparecióseles al tercer día resucitado según lo habían anunciado los divinos profetas, así como otras mil maravillas a este tenor. Aun hoy subsiste la secta que, yendo en pos de El, ha recibido el nombre de Cristianos*". (Ant. jud. XVIII, III 3, 63-64).

La autenticidad del primer pasaje está universalmente admitida, y esto contraría la tesis de los comparatistas radicales.

Por lo que atañe al segundo, Harnack, Burkitt, Sanday y numerosos críticos liberales de Inglaterra y de Alemania, le dan por auténtico en su totalidad; por cuyos motivos el lector curioso puede cerciorarse de ello en buenas fuentes.¹ M. Reinach concede a Josefo

1. *Revue Apologétique*, 15 abril y 1 mayo 1922. Art. de M. Tricot.

la paternidad de las solas frases que hemos subrayado. Mas porque Mons. Battifol,¹ el P. Lagrange y M. Lésêtre afirman que el trozo entero es obra de un falsario, una interpolación—aun cuando ello sea, según el P. Grandmaison,² una pura conjetura — nos parece mejor no atribuirle un valor diamantino. Menester es entonces explicar el silencio del analista judío como una hábil maniobra. Después de haber salido a flote en medio de las calamidades de sus conciudadanos, gozando del favor imperial, constando su nombre en la lista civil, Josefo no podía extenderse sobre la vida de Jesús sin hablar del mesianismo tradicional, que era antirromano. Participaba por lo demás de las prevenciones de sus maestros contra una pequeña secta herética de la que la Judea, su patria de origen a la que se proponía glorificar, recibiera así gran honor: su vanidad y su espíritu de oportunismo le llevaban a callarse.³

LA LITERATURA PAGANA

suministra algunos textos, latinos todos ellos. Un antiguo cónsul, legado imperial en Bitinia (111-113), PLINIO EL JOVEN, dirige a su maestro Trajano una carta sobre los cristianos de su provincia a quienes la opinión quería hacer odiosos. Se advierte en ella esta frase: *adfirmabant autem... quod essent soliti stato die ante lucem venire, Carmenque Christo quasi deo dicere secum invicem*".⁴ *Este pasaje no les embaraza a los comparatistas*; es, dicen, un testimonio de Jesús Dios pero no de Jesús personaje histórico.⁵

La misma indicación se aplica, según ellos, a las céle-

1 *Orpheus et l'Évangile*, pp. 3-22.

2 *Dict. Apol.*, fasc. XI, col. 1295, nota 2.

3 J. Weiss, *Jésus von Nazareth*, 1910, p. 89 — Goguel, *Jésus de Nazareth, Mythe ou Histoire?*, pp. 41-43. "Un silencio tan completo es más embarazoso quizás para los mitólogos que para sus adversarios".

4 *Epistulae*, X 96.

5 M. Goguel les responde: "La expresión *Christo quasi deo* parece, sin embargo, indicar que, para Plinio, Cristo no es un dios como los demás. Lo que le distingue, ¿no sería que ha vivido sobre la tierra?", o. c., p. 45.

bres líneas de los "Annales", que Tácito publicó, como es sabido, entre los años 115-117: "Auctor nomini ejus Christus, Tiberio, imperitante, per procuratorem Pontium Pilatum supplicio affectus erat; repressaque in proesens exitiabilis superstitio rursus erumpebat, non modo per Judeam, originem hujus mali sed per Urbem etiam, quo cuncta undique atrocía aut pudenda confluunt celebranturque".¹ Solamente la concisión, la precisión y la crítica severa tan ponderada del analista romano, pulverizan las pretensiones de los mitólogos. No es que hable únicamente de los ligámenes de Jesús con una religión ya difundida por toda la Palestina, sino que sostiene su existencia, su condenación y su suplicio, fija su cronología y las relaciona con un magistrado determinado, con el mandatario de un César famoso.

Los textos de SÜETONIO, secretario privado (117-138) del emperador Adriano, no alcanzan la misma fuerza probatoria. Uno de ellos: "affecti suppliciis christiani, genus hominum superstitionis novae et maleficae", prueba, sin ir más allá, que había en Roma, desde el reinado de Nerón, algunos discípulos del Salvador. El otro: "Iudaeos, impulsante Chresto, assidue tumultuantes Roma expulit",² despierta nuestra atención. Sea cual fuere el error que le hace atribuir a "Chrestus" en persona esa agitación de los Judíos en tiempo de Claudio, el escritor señala muy probablemente a Jesús. Hacia fines del siglo segundo, según nos consta por Tertuliano, los Romanos pronunciaban aún "Chrestiani", siguiendo una costumbre que un juego de palabras de Teófilo y de Justino, el apologista, quizás también una alusión de san Pedro en su primera epístola, nos autorizan a presumirla muy antigua. Si se hubiera propuesto hablarnos de un personaje obscuro, le habría llamado sin duda "Chresto quodam", un cierto Cresto.³

1 XV, 44.

2 *Vita Claudii*, 25.

3 Renunciamos a utilizar los testimonios posteriores, los de Luciano y de Celso. San Justino, escribiendo al emperador Antonino el

LAS FUENTES CRISTIANAS

se subdividen entre sí, según que formen parte o no la formen de la literatura canónica. Entre los

DOCUMENTOS NO CANONICOS,

no hay razón que nos obligue a detenernos entre la hojarasca de evangelios denominados los *Agrapha*, palabras atribuidas al Salvador y recogidas por una antigua tradición: son poco numerosos y *no suenan a cosa nueva*.¹

Los escritos de los PADRES APOSTÓLICOS que vivieron a fines del siglo primero y a principios del segundo: la atestación de san Policarpo, por ejemplo: "Hace ochenta y seis años que sirvo a Cristo y no me ha hecho nunca mal alguno"; la frase de Ignacio de Antioquía: "Mis males, son Jesús, su cruz, su muerte y su resurrección"; muchos pasajes de la "Didaché", del "Pastor de Hermas" y de "la Epístola a Diognetes", lo prueban evidentemente: se creía entonces de la manera más indudable en la existencia del Maestro por el cual se vivía, se sufría y morían gustosos. Así pues, la convicción y la suprema abnegación de hombres que sabían sin duda la historia judía en sus mismos pormenores, que eran conocedores de los misterios orientales y de los orígenes del cristianismo, todo ello no puede ser tomado a la ligera.

LAS PINTURAS DE LAS CATACUMBAS, de las cuales muchas remóntanse hasta la época de los Flavios (entre los años 89 y 96) y de Trajano (98-117), ¿no atestiguan ellas asimismo la fe común de los fieles en un Cristo histórico, personal? Vémosle llevado en brazos de su madre,

Piadoso, a Marco Aurelio su hijo, a Lucio Vero su hijo adoptivo y al "sagrado senado", supone, hacia el año 150, que se hallaba una relación acerca del juicio y la crucifixión de Jesús en los archivos imperiales. Mas no se prueba que ese escrito haya existido realmente.

¹ *Verbum Domini*, octubre, 1922.

adorado por los Magos, sentado en medio de los doctores judíos, cambiando el agua en vino en Caná, recibiendo el bautismo de manos del precursor, en conversación con la Samaritana, sanando a la hemorroisa o a otros enfermos, resucitando a Lázaro, conduciendo sobre sus hombros la oveja descarriada o rodeado de numerosa grey, de pie en medio de los doce apóstoles, etcétera, etc.¹ ¿Y será todo eso, como lo pretenden los comparatistas, solamente representaciones místicas?

LOS EVANGELIOS APÓCRIFOS nos llevan al mismo razonamiento. Si se ponía tal ardor en completar la biografía de Jesús, ¿no era que se creía en su existencia individual? Y por ser ello así ¿cómo es que los enemigos más sabios del Cristianismo, judíos o paganos, no disiparon la ilusión general, ni demostraron que la historia evangélica, no menos que la leyenda de los dioses, se compone de simples alegorías físicas?

Mas, todo eso no tiene para nosotros más valor que el de servirnos de índice, porque, digámoslo bien alto, nuestra verdadera y principal prueba, nuestra prueba irrefutable consiste en los

DOCUMENTOS CANONICOS,

aunque sea ciñéndonos a aquellos cuyo empleo nuestros adversarios aceptan como fuente de información histórica referente al Cristo: la mayor parte de las cartas de san Pablo y el relato de Marcos, del que los otros sinópticos habían *extraído* aquella porción de hechos creíbles que narran en sus páginas.²

SAN PABLO

“Era, así se expresa M. Couchoud, un valeroso hom-

¹ Lesêtre.

² Probaremos en el capítulo III la autenticidad y la historicidad de los Sinópticos, en contra de aquellos que quieren descubrir en ellos recargamientos míticos, legendarios o mesiánicos. Razonamos aquí “dato, non concessio”.

brecillo, un espíritu de fuego en un cuerpo despreciable, un tímido atrevido, un desvalido orgulloso, un ser débil que blandía una fuerza divina... Satán le agujijoneaba, Jesús le reconfortaba..."¹ Mas, para él, "Jesús no es un hombre progresivamente divinizado, sino un Dios progresivamente humanizado,... una faz nueva de Jahvé, benigno, doloroso y humano... En sus credenciales de identidad que son divinas, la palabra hombre ha sido superpuesta fraudulentamente".² Y ahí tenemos otra vez la tesis del comparatista radical más avanzado, M. Drews. "Jesús pertenece a la historia por su nombre y por su culto, pero no es un personaje histórico. Es un ser divino cuyo conocimiento ha sido lentamente elaborado por la conciencia cristiana. Ha hecho su aparición en medio de la fe, de la confianza y del amor. Su formación viene del dictamen de los corazones... Su sola realidad es espiritual. Lo demás es espejismo... No existe sino en las almas."³

I. ARGUMENTO HISTÓRICO. Proclamémoslo bien alto, una hipótesis inverosímil: a este propósito no cuadra ni **con lo que sabemos acerca del carácter de Pablo ni con los datos que encierran sus Epístolas.**

a) Seguramente, Pablo es un místico, en el sentido más enérgico de la palabra, y sus visiones han venido a ser célebres. Mas, aparte que él las clasifica fuera de sus percepciones ordinarias, de sus percepciones sensibles, es menester aún tenerlo muy en cuenta: no es que le cieguen ellas y le impidan ver la realidad de las cosas terrestres. Mantiene sus altas especulaciones entre las contingencias concretas del mundo exterior. La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, los peligros, y la espada, conspiran contra el amor que Cristo le manifiesta (Rom. VIII, 35). Es el ajetreo cotidiano, el cuidado de todas las iglesias lo que le preocupa; nada se debilita que él no sufra, nadie se siente escanda-

1 O. c., passim.

2 y 3 O. c., passim.

lizado que un santo fuego no le devore (II Cor. XI, 2829). Es el orden perturbado en la comunidad de Cristo que a su voz imperiosa se restablece. Reglamenta la celebración del ágape. Los casos más espinosos, las cuestiones que se agitan en torno a los idolotitos, al celibato y a la virginidad, en relación con la viudez y el matrimonio, los resuelve con firme acierto, solícito en dejar perfectamente asegurada siempre la jerarquía de los valores (I Cor. passim). Los Carismas no le interesan mucho, los somete a una disciplina (ibid. XII-XIII). Las necesidades materiales de las Iglesias se le presentan naturalmente a la consideración, al tiempo mismo en que su pensamiento se remonta a especulaciones altísimas; ordena entonces y prepara las colectas (I Cor XVI; II Cor. VIII). Compañeros y discípulos le idolatran. Son las prerrogativas de su raza, hoy caída, las que enardecen su lenguaje (Rom. IX, 1-5). Y un testimonio de semejante naturaleza ¿no podía, no quería discernir los hechos evangélicos?

b) Sin duda, no se propone en modo alguno, en sus cartas,¹ escribir la vida humana y hacer un relato de las enseñanzas del Salvador. Pedro, Juan y Santiago no experimentaron por lo demás esta necesidad, puesto que sus corresponsales se atenían para su instrucción en esta materia a la tradición oral, a la recitación modulada y rimada, en la que parecía revivir el acento mismo del Maestro, y sin que necesitara para perpetuarse ni de aparejo de inscripción, ni de material embarazoso y frágil. "La palabra viva y perdurable" volaba así todo pura, de boca en boca, como la lumbre encendida de mano en mano en la procesión de las antorchas.²

1 "Son escritos de circunstancias, improvisados aceleradamente entre dos viajes, dictados al final de una jornada diaria consagrada al trabajo manual, o a la predicación, para salir al paso de una circunstancia surgida de improviso, para reglamentar una cuestión, para dar una instrucción o un aviso, o prevenir una mala inteligencia. Cada una de ellas responde a una situación compleja; ésta desaparecida, no tiene más razón de ser". Goguel, o. c., p. 98. M. Couchoud no discute esto, o. c., p. 119.

2 *Recherches de science religieuse*, dic. 1923. L. de Grandmaison.

Sin duda también, porque anuncia por encima de todo la obra de salvación, Jesús Salvador de los hombres, se ciñe Pablo preferentemente a los dos hechos sobre que se fundamenta su argumentación, la "venida de Cristo en la carne" y "la entrada en la gloria" por el camino doloroso de la cruz; los demás acontecimientos de la vida humana de su Maestro le parecen accesorios, como si no los conociera.¹

Lo que no quiere decir que no tuviera de ello perfecto conocimiento.² Muy al revés, es el Apóstol quien aduce incidentalmente su testimonio. Jesús, dice, ha recibido de una mujer (Gal. IV, 4) una carne semejante a la del pecado (Rom. VIII, 3, V, 5, I Cor. 21); y por ella, se remonta al rey David (Rom. I, 3), al padre común de los Hebreos, Abraham (Gal. III, 16, Rom. IV, 1). Vivió entre los judíos (Rom. XV, 8, I Tes. II, 15). Uno de sus hermanos se llamaba Santiago (I Cor. IX, 5, Gal. I, 19). Todas las promesas que Dios había hecho a los patriarcas tuvieron, gracias a Jesús, su cumplimiento efectivo

Le Christ de l'Histoire dans l'œuvre de S. Paul, p. 484. El argumento "e silentio", lo llevamos ya dicho, es bien difícil emplearlo acertadamente. M. Harnack lo confiesa a propósito de los Hechos, que hacen pocas alusiones a Jesús y que no citan de él más que una palabra. "Si no conociéramos de este autor sino los Hechos y no el Evangelio, emitiríamos sin duda sobre él el juicio siguiente: este hombre desconoce absolutamente la historia evangélica; sobre todo ignora por completo la tradición sinóptica, puesto que la sola palabra que ha conservado no se halla en esta fuente". *Neue Untersuchungen zur Apostelgeschichte*, p. 81.

¹ Véase el comentario dado por L. de Grandmaison, o. c., 486-487, concordando con J. Weiss *Das Urchristentum*, p. 347: "Como fuera que sus adversarios judaizantes insistían sobre el origen judío de Jesús, sobre su fidelidad a la ley y sus enseñanzas a este propósito, Pablo declara, a la manera paradójica, unilateral, de los místicos, que no quiere ya conocer nada de Cristo según la carne... Lo que no quiere decir que no haya nunca conocido nada, sino que no podía por más tiempo atribuir algún valor a las relaciones naturales y humanas con Cristo, de lo que los judaizantes se gloriaban y que quería solamente estar unido mediante el espíritu con Cristo glorificado".

² Pablo perseguidor es ya un testigo de la existencia y de la muerte infamante de Cristo. En los cristianos que tenían por Hijo de Dios, por el Mesías prometido a Israel, a un ajusticiado a quien la Ley declaraba infame: Maldito aquel que es suspendido del leño (Deut. XXI 32, Gal. III, 13), veía él unos blasfemos y sacrílegos. Ahora bien, la blasfemia y el sacrilegio eran, a los ojos de los ancianos, crímenes que peligraba atraerán sobre la nación la cólera celeste. Se comprende de ahí el fanatismo de Saulo el fariseo y su celo por secundar a las autoridades judiciales; las otras hipótesis no explican su encarnizamiento.

(Rom. XV, 8, Cor. I, 20). Para llevar a cabo su ministerio y perpetuarle, escogió doce colaboradores, no en verdad vagas entidades sino hombres perfectamente determinados: Santiago, Juan, más otros y Pedro su cabeza (Gal. I, 18-19, II, 9, I Cor. IX, 5, XV, 5). Dió a sus apóstoles la orden de predicar el Evangelio, a la par consiguiientemente que el derecho de vivir del altar (I Cor. IX, 14), con el poder de obrar milagros (Rom. XV, 19). Su doctrina produjo una impresión profunda entre las multitudes, son numerosas las sentencias que se citan de ella. (Rom. XII, 15, I, 16, II, 19, I Cor. IV, IV, 12-13, VIII, 2. Cfr. Luc. VI, 24, Matth VIII, 18, XV, 14, Luc. VI, 28 Matth. XVII, 20). Después de haber abrazado aquí en la tierra una vida de pobreza (II Cor. VIII, 19), de sujeción (Phil. II, 8), de obediencia (Rom. V, 15-19), y de santidad (Rom. I, 4), se entregó voluntariamente a sus enemigos (Gal. I, 4, II, 20), a los Judíos (I Thes. II, 19) y a los príncipes de este mundo (Eph. I, 7, II, 13). Antes había instituído la Eucaristía (I Cor. XI, 23-26). En tanto que Jesús experimentaba los terrores de la agonía más cruel (Hebr. V, 7), uno de los suyos, Judas, ha osado traicionarle (Rom. XV, 3). Era ello por la Pascua, en el tiempo de los ázimos (I Cor. V, 6-8), bajo el poder de Poncio Pilato (I Tim. VI, 13). Los verdugos le suspendieron entonces con clavos en la cruz (Col. II, 12, I Cor. II, 2, Phil. II, 8), en las cercanías de Jerusalén (Hebr. XIII, 12). Sepultado ya (I Cor. XV, 4), resucitó al tercer día (I Tes. I, 10, Gal. I, 1, I Cor. VI, 14, II Cor. IV, 14); he ahí por qué los cristianos consideran el domingo como el día del Señor (I Cor. XVI, 2). Después de haber subido a los cielos (Eph. IV, 8-10), se halla sentado a la derecha del Padre (Eph. I, 20, II, 6), de donde vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos (I Thes. I, 10, IV, 16, II Thes. I, 7, Philipp III, 20). *Estos rasgos como caídos de la pluma de san Pablo en medio de lo azaroso de las controversias, recogidos de entre diez cartas, ¿no marcan ciertamente la silueta de un ser viviente, de un personaje histórico?*

*Añadamos que el Apóstol distingue entre Jesús y Jahvé, Dios de Israel.*¹ Jesús es el Hijo, el otro Jahvé el Padre (Rom. VIII, 32, XV, 6, II Cor. I, 3, XI, 31, Eph. I, 3, Col. I, 3). El Padre no perdonó a su Hijo (Rom. VIII, 32), mas le resucitó de entre los muertos (II Cor. V, 14), para su propia gloria (Rom. VI, 4), y le colocó a su derecha en los cielos (Eph. I, 5-8). Dios nos ha destinado a nosotros mismos a la salvación por medio de Jesucristo (I Thes. V, 9); quiere que seamos conformes con la imagen de su Hijo (Rom. VIII, 29). Todo es nuestro. Mas nosotros somos de Cristo y Cristo es de Dios (I Cor. III, 23).

2. ARGUMENTO PSICOLÓGICO. Por lo demás, la tesis del comparatismo radical se da cuenta de la apuesta, anuncia una **imposibilidad moral**.

a) El Apóstol de los Gentiles habría, pues, recorrido el universo a precio de tantas fatigas y sufrimientos, para predicar el fruto de sus meditaciones creadoras, un vano fantasma, una abstracción? ¿Habría él distinguido con sus propios consejos los preceptos que se le atribuían sobre el matrimonio y la virginidad (I Cor. VII, 25, I Cor. VII, 18, 12, 40)? ¿Habría él celosamente velado por transmitir su pretendido mensaje tal cual era, sin adición, omisión ni modificación? (Gal. I, 6-10, I Cor. XV, 1-10, II Cor. XIII, 3). En semejante caso era un loco, ese hombre que ofrendaba su vida, sus trabajos, su muerte a un personaje ficticio y quien clamaba a los Galatas (II, 20): "No soy yo quien vivo, es Jesucristo quien vive en mí" o también a los Romanos (VIII, 35), en un arranque de amor: "¿Quién, pues, nos separará de la Caridad de Cristo? ¿La tribulación? ¿o la angustia? ¿o el hambre? ¿o la desnudez? ¿o el peligro? ¿o la persecución? ¿o el cuchillo?..."

¹ M: Couchoud escribe: "Salta a la vista que Jesús es la emanación visible de Jahvé. Es hijo de Dios en el sentido en que se diría: el resplandor visible del sol es hijo de un sol transcendente, inaccesible a los sentidos". *Le mystère de Jésus*, p. 82-83.

b) No cabe aquí suponer que a Pablo le pasara nunca por las mientes que Jesús no fuere sino un mito, él que ponía la salvación de los hombres en la fe en una quimera (Rom. X, 9) y quien de ello daba ejemplo con un heroísmo apasionado, magnánimo; hubiera sido sino un monstruo de hipocresía, un sacrílego recalcitrante que hacía de Dios mismo—el Dios de los Judíos, Dios clarividente, Dios muy digno de ser temido—, cómplice de su simulación obstinada, de su predicación criminal de un Cristo imaginario!

No, no. Pablo creyó en Jesús y predicó a Jesús porque estaba cierto de su existencia; luego no ha podido estar cierto de ello sino porque esa era la realidad.

SAN MARCOS

Toda la cuestión se reduce a saber si “el primer evangelio—como dicen los racionalistas—reproduce los discursos verdaderamente pronunciados y los hechos que forman la trama de una historia real. Escuchemos a este propósito a un mitólogo distinguido, M. Couchoud. “EN UN RINCÓN POPULOSO DE ROMA SE PREPARA UN PIADOSO GAZPACHO, ESPECIE DE DENSA SOPA CRISTIANA EN LA QUE TODO SE ADEREZA Y SE MEZCLA: LA HISTORIA MÍSTICA DE JESÚS CON TRADICIONES ENVUELTAS EN ALEGORÍAS, LOS TEXTOS BÍBLICOS TROCADOS EN VISIONES CON UNA APOCALIPSIS VUELTA EN LECCIÓN MORAL, MILAGROS CAMBIADOS EN SÍMBOLOS CON ORÁCULOS Y PALABRAS ESCOGIDAS, APARTADOS DE SU SENTIDO. Eso es la buena nueva según Marcos”.¹

I. Empero, un discípulo de san Policarpo, el anciano obispo de Esmirna que había conocido a san Juan, PAPIAS, habla de muy diferente manera. “El anciano decía aún esto: Marcos hecho el intérprete de Pedro, escribió según el orden (cronológico), puesto que no ha-

¹ *Mercur de France*, 1 marzo 1923, p. 403. *L'énigme de Jésus*.

bía oído al Señor ni le había seguido; más tarde, como ya llevo dicho, había seguido a Pedro quien daba su doctrina ateniéndose a las necesidades (de aquellos que le escuchaban), sin preocuparse de poner en orden los discursos del Señor. Así es que Marcos no ha cometido falta alguna mientras escribía ciertas cosas según que las iba recordando. Su único cuidado era no omitir nada de lo que había oído y no relatar nada que no fuese verdadero”.

a) Papías, Policarpo, el Viejo (que muchos identifican con el último superviviente del colegio apostólico), Marcos, Pedro y Jesús, estos cuantos nombres representaban *una tradición admirablemente segura y perfectamente encadenada*, que se tendría por indiscutible en una discusión de cualquier otro problema histórico.

b) Y no hay aquí subterfugios que puedan desacreditar su valor: si M. Drews sabe poca cosa de su abuelo, de sus parientes, si como él participamos de esa ignorancia en cuanto se relaciona con nuestros antepasados, ¿se sigue de ahí el que los apóstoles no podían conocer a Jesús, en la hipótesis de que hubiere existido? No, porque *Jesús traspasa la común medida de los hombres*: es la figura más original, la mejor dotada que haya aparecido sobre la tierra; sus palabras y sus actos tienen un relieve vigoroso, inolvidable.

II. El examen del “primer evangelio” autoriza por otra parte el relato de Papías.

1. EL MARCO. Bastan por sí solas **la pintura del medio ambiente palestinense** dentro del cual la figura de Cristo aparece situada, sus pinceladas un tanto defectuosas y semíticas, bastan para confundir a los mitólogos: “*pensemos cuanta erudición, precauciones, acierto y astucia literaria*, serían menester para comunicar, a un fárrago de visiones místicas, esos fondos históricos irrefragables, esa flor de arcaísmo discreto”.¹

¹ De Grandmaison, *Jésus dans l'histoire*. *Mercure de France*, 15 agosto 1923.

2. EL HÉROE. El retrato de Jesús, retrato sin igual en la historia humana, más aún la proporción inaudita, la forma contrastante de sus enseñanzas rechazan más todavía la hipótesis de una labor compuesta, producto de una resultante, de un residuo.

EL RETRATO

El P. Morawski lo ha dejado consignado en un hermoso libro aparecido antes de la guerra, las *Veladas en el Lago de Génova*: hasta los pintores más aventajados han de darse por vencidos cuando de reproducir la figura de Cristo se trata. O bien ponen de relieve ciertos rasgos: por ejemplo, la inflexibilidad de la voluntad, haciendo se destaque bien la barbilla hacia adelante, la penetración a través de unos ojos diminutos con una mirada viva bajo el arco de unas pobladas cejas, como lo ha hecho Munkaczy en su *Cristo en presencia de Pilato*, y caen entonces en una contradicción evidente con el Evangelio. O bien, descuidándose de esos caracteres particulares, trasladan al lienzo un tipo general de hombre sin calor y sin vida."

Los literatos no son más afortunados que los profesionales del pincel y del colorido. No es sino un fantoche, el Jesús de M. Haraucourt; el de Juan Aicard nos desconcierta, el del poeta Rostand ha llamado la atención de un Francisco Sarcey; y por nítida que sea su visión cristiana, rica su paleta y delicados sus trazos, presenta la Sra. Reynes-Monlaur a sus lectores un Salvador demasiado pálido.

¿De dónde proviene todo ello? *El Cristo de los evangelios carece de carácter*. "Cada hombre posee una fisonomía individual, consistente en que ciertas fuerzas, ciertas energías o ciertas cualidades se destacan en primera línea, mientras que otras, por ese mismo hecho, quedan relegadas a último término. Esa oposición de relieves y de huecos, de luces y de sombras sobre un fondo de naturaleza humana común a todos, constituye

la fisonomía psíquica de los individuos. Ahora bien; ¿ocurre cosa parecida en Cristo? ¿Puede afirmarse que en El, la razón, por ejemplo, predomina sobre el sentimiento, o el sentimiento sobre la razón? Prevalece en El la energía sobre la prudencia, o la prudencia sobre la energía? ¿Es la sensibilidad del corazón y una gravedad acompañada de tristeza lo que le caracteriza, o bien es la libre serenidad del pensamiento? ¿Es El, como hoy se dice, un "intelectual", o bien un hombre de acción? Cualquiera de sus rasgos que consideráramos, nos sentimos siempre inclinados a tomar ese trazo como su característica más saliente; yendo, empero, más allá y escuchando la continuación de sus discursos, advertimos bien pronto que todos los demás rasgos de su persona gozan de un igual grado de relieve..."

Además, Jesús *está por encima de su época y de su raza*; escudriñad sus opiniones, su manera de pensar y de sentir, nada hay allí de específicamente judío. "Sócrates, según las descripciones que nos han dejado de él sus discípulos, es griego hasta la médula de los huesos; su idea del mundo parte del punto de vista helénico. Cicerón es romano, un romano de su época; la esfera de sus concepciones y de sus sentimientos no es ni más amplia, ni distinta de la que permite el ambiente en que vivió. Un judío, en la época de Cristo, debía tener un horizonte de pensamientos y de sentimientos aún más restringido, a causa del espíritu nacionalista estrecho y fanático.—Por el contrario, en Jesús, todo parece universalmente humano, todo parece situado más allá de las fronteras del espacio y del tiempo; todo en El es igualmente accesible a cada época y a cada nación. Fijaos sino; se dan aquí¹ tantas nacionalidades, casi, como personas; entre nosotros ¿hay alguien que, al leer el Evangelio, tenga la impresión de que Jesús de Nazaret es para él un extranjero?"

Finalmente, *Jesús está muy por encima de las leyes*

1 En el lago de Ginebra.

psicológicas. ¿Puede concebirse que un joven, un sencillo artesano, porfíe, por una parte, en modificar las convicciones mesiánicas de todo un pueblo obstinado, y por otra, que dé principio a su obra sin vacilaciones, ni tanteos, con la plena conciencia, desde el primer momento, de la grandeza de sus designios, y lo que es más, con la certeza del triunfo? ¿Puede concebirse que ese hombre, cuya conducta revela una humildad profunda y sin desfallecimientos, afirme porfiadamente que sabe y que posee su ciencia del Padre eterno?

¡*Oh, no!* un semejante enigma psicológico, ese ideal al que la humanidad entera aclama y sigue, ese tipo de la belleza moral que reúne en sí mismo el conjunto de todas las cualidades que los genios y los héroes no poseen sino en parte y en una muy variable medida, todo ello, *ningún autor hubiera podido inventarlo. ¿Cómo, pues, admitir que Marcos, "valiente y sincero artesano",¹ Pedro, o las multitudes anónimas, hayan triunfado en su propósito, y que el original no haya existido?*

Judíos de raza, judíos de ideas, judíos en su proceder, debían crear y presentarse como testigos de un personaje ficticio. ¿Tal vez un caudillo israelita, vencedor de los paganos? ¡Mejor, verosímilmente, un rabino modelo! Los rasgos de un Hillel, de un Gamaliel, de un Samuel, de los héroes del "Talmud", esos nacionalistas apasionados, habladores, querellosos y formalistas, reteniendo la menor sílaba de la Ley, como si ello fuera el eje del mundo: Ved ahí lo que les parecía reflejar la perfección! y esos rasgos los hubieran agrupado, acentuado, exagerado, sin duda, hasta hacerlos angulosos. Mientras que inventar a Cristo, que osa ponerse por encima del sábado (II, 27-28), que llega hasta predecir la entrada de los paganos en el reino de los cielos (VII, 29, XIII, 10), en una palabra, a Cristo antítesis extrema del rabino judío, no, mil veces, no, eso iba más allá de sus ideas.

1 Taine.

Y que se nos permita extender la observación al tercer evangelio. Si las influencias romano-helénicas habían movido a Lucas a acompañar su cuadro de algunos matices estoicos, hubiera, ciertamente, atribuído a su héroe, sobre todo si quería hacerle Dios, una decisión inflexible, un denuedo, un orgullo, un dominio de sí mismo, rayano a la inflexibilidad de la piedra. "Justum et tenacem propositi virum..." "Impavidum ferient ruinæ..." Mas no, tanto en él como en los demás Sinópticos, Jesús es quien se enternece ante la ruina prevista de Jerusalén; atrae a su regazo y bendice a los niños; se conmueve cuando las lágrimas de Magdalena riegan sus pies; la víspera de dejar a sus discípulos, se turba...

Ahí está, pues, nuestra prueba, y es un crítico radical, M. Jülicher, quien nos suministra la fórmula de la misma. "Si la imagen total de Jesús, dice, que nos dan los Sinópticos, en Lucas y en Mateo y Marcos, despliega toda la magia de la realidad, no proviene ello del arte literario de los evangelistas, antes bien como si éstos hubieren menester de él; ni tampoco ello deriva de la facultad creadora de poesía de los hombres que les habían precedido; sino que ello obedece al hecho de que, humildemente aplicados a eclipsarse a sí mismos, describían a Jesús tal como le habían encontrado descrito en las comunidades cristianas, y a que esa descripción que hallaban hecha enteramente, respondía esencialmente al original... La semejanza del retrato es tal que un maestro en historia, equipado con todos los aparejos de la ciencia e iniciado en todas las técnicas de su arte, no lo hubiera hecho mejor ni que se tratara de la figura predilecta."¹

LAS ENSEÑANZAS DE JESÚS

He aquí otra paradoja. Se trata de un pueblo que

¹ *Inleitung in das N. T.*, p. 333 — "Diremos que la historia del

carecía de arte nacional, de industria nacional, de ciencias y de civilización propias, distintas de las demás civilizaciones. Lo había recibido todo de fuera, lo había copiado todo de sus vecinos, todo, excepción hecha de su religión, la sola trascendental, que atribuía de su parte, no al genio de sus pensadores, sino a la revelación de su Dios, el solo verdadero Dios.¹

Así pues los naturales de ese pueblo inculto llega un día en que platican entre sí sobre el modificar esa religión, y de un golpe, después de un tiempo relativamente corto, producen el Evangelio. Inclínados como todos los Semitas a costumbres muelles, campo abonado de instintos groseros, conciben, promulgan, imponen una moral muy dura (VIII 34-38, IX 35, 37, 43-48, X 33-34, 38-39, 43-45, XIII 9-13), la caridad más exquisita (IX, X 21-25, XI 25, XII 29-31), esas altas maravillas que, veinte siglos hace, vienen cautivando a los espíritus selectos. Sus meditaciones de cerebros mediocres reparan, andando el tiempo, en los dogmas de la Trinidad (I, 9-11, IX, 2-8), de la Encarnación y de la Redención (II, 17, VIII, 29-31, X, 33-34, XIV, 41, XV, 24), en esa economía cristiana ante la cual todos los sistemas palidecen y que, por su profundidad y su sabiduría inaudita, hacían se sintiera sobrecogido de admiración el genio de un Agustín, de un Miguel Angel, de un Dante, de un Pasteur... ¿Es ello verosímil? ¿Es ello solamente posible? ¿No es menester que exista proporción entre la semilla y el fruto?

Deberá uno proponerse esa extraña cuestión una vez más después de haber advertido al vivo

3. EL MARCO EN QUE SE MUEVE LA VIDA DE JESÚS

Evangelio sea inventada caprichosamente?, preguntaba J. J. Rousseau. No es así como se inventa, y los hechos de Sócrates, del que nadie duda, son menos atestiguados que los de Jesucristo. En el fondo, es eludir la cuestión sin destruirla: sería más inconcebible que muchos hombres de acuerdo entre sí hubiesen fabricado el asunto. Nunca los autores Judíos se habrían avenido ni con ese tono ni con esa moral; y el Evangelio reúne caracteres de verdad de tan gran bulto, tan atrayentes, tan perfectamente inimitables, que el inventor sería más sorprendente que el héroe.

¹ Cfr. Ch. Juan, *Ma Mission scientifique en Orient*, pp. 157 ss.

tal como Marcos lo presenta en un **relato coherente** y sin duda **tomado del natural**.

a) En la sinagoga de Cafarnaum, el Salvador manifiesta un poder tal contra el demonio que se pone a hablar de una manera autoritaria, inspirada, viva y penetrante, como no hablan nunca los doctores de la Ley. Los Judíos se conmueven; son el portavoz de su renombre que se extiende rápidamente, por doquiera, hasta los países limítrofes (I 21-22). Llegada la noche, grupos de gente comparecen delante de la casa en que mora (v. 33). Al día siguiente la curiosidad, si no el deseo de una vida mejor, arrastra a toda una serie de hombres a ir en busca suya todavía (v. 37). No podrá, a no tardar, entrar en una aldea sin ser incomodado por la multitud; y he aquí que inquiere los lugares solitarios, mas en vano, se le sigue por todas partes (v. 45). Si viaja, viene a ser, según la fuerte expresión del P. Lagrange, un centro en movimiento: cuando intenta pasar desconocido, se le detiene, se le ruega les permita poder tocar a lo menos la orla de su vestido (VI 53-56).

Dejándose llevar, ora de su natural, ora de sugestiones maliciosas, la muchedumbre experimenta alternativamente el entusiasmo y la hostilidad. En Nazaret, unos se sienten emocionados, no sabiendo en qué escuela Jesús, su conciudadano, el hijo de la viuda María, ha aprendido todo aquello, sabiduría y milagros; otros le rehusan el testimonio de su fe, y se burlan del carpintero que se tiene por el Mesías, un Mesías que debe, a su entender, aparecer más glorioso (VI 1-6). "Nemo propheta in patria": la familiaridad y los celos se entretrejan en su obra.

Los Escribas y los Fariseos no se atreven, al principio, a contrariar la admiración del público; preguntan a los discípulos, con el fin de suscitar y propagar la desconfianza, ¿cómo es que el Maestro se sienta a la mesa en compañía de publicanos y pecadores? (II, 16). Enar-

decidos atacan luego a Jesús mismo y le reprochan el tolerar la violación del sábado (v. 24). Organizan un servicio de espionaje, y fingen haber adquirido una convicción muy seria que esparcen entre el pueblo: el joven profeta debe al diablo su fuerza y su celo (II 22). Más adelante, se le tienden lazos diversos: ¿cuál será la suerte, en el día de la resurrección, de la mujer unida varias veces en matrimonio? (XII, 18-24); trazados una lista ordenada de los mandamientos? (29-34.) Se esfuerzan en perderle cerca de las autoridades romanas: ¿es lícito pagar el tributo a César? (14). Se le intima a que ratifique públicamente, mediante un prodigio deslumbrador, que deje atónito a todo el mundo, la actitud que ha adoptado y que supone una misión divina (VIII 10-13). Esta táctica logró su objeto. En la corte del rey Herodes, se tenía a Jesús por uno de los precursores del Mesías: por Elías, Jeremías o por un profeta, quizás por el mismo Juan Bautista resucitado (VI 14-16). ¡Qué de pruebas sin embargo de su carácter mesiánico! Los soldados del pretorio le saludan irónicamente, simulan rendirle vasallaje, y como si imploraran su real justicia (XV, 26). La inscripción que narra en el Calvario el motivo de su condenación, aparece escrita en estos términos: el rey de los Judíos. Y en tanto que los transeuntes injurian al que pende de la cruz, muchos sanedritas hacen mofa de su extrema impotencia para justificar sus pretensiones (31-32).

¿Cómo ver, pues, en esa psicología de las multitudes y en esos amplios cuadros, el amaneramiento, ni los convencionalismos supuestos? ¿A quién se le ocurre ver ahí la labor del recopilador, la diestra yuxtaposición de reminiscencias bíblicas convertidas en historia, las aspiraciones populares mudadas en fábulas y en milagros?

b) Por otra parte, un héroe mítico no apasiona de esa suerte a un pueblo de imaginación viva: la conducta y actuación de gentes tan diversas, la oportunidad de los hechos que se narran, la frescor del diálogo nos re-

velan escenas tomadas del natural; huelen a realidad pura y ello nos convence de su verdad. "Cuando Marcos va narrando..., dice el P. Lagrange,¹ el lector cree estar en contacto con las personas de que habla, tanta viveza las sabe comunicar. El ademán con que se presentan, un gesto, una palabra, nos ponen en presencia de los actos que ejecutan. Vemos las cosas como en su realidad histórica, y los sentimientos de los personajes dejan de ser un secreto para nosotros. Y no hay que decir que las escenas son muy sencillas, como los actores, y los sentimientos muy variados. Considerada en sí misma, esa cualidad no nos obliga a inclinarnos en favor de la realidad de los hechos. No es necesario haber sido testigo ocular para crear personajes y dar a sus actos el movimiento y la vida. Muy bien sabemos lo que hacían los condenados cuando hablaban con Dante, y el grupo que formaban con los dos poetas queda diseñado de una manera muy limpia. Mas, es imposible pasar por alto, en su poema, el arte con que aparecen dispuestas esas agrupaciones y esas escenas. La imaginación ha suplido a la realidad, o mejor ha combinado con una riqueza infinita pormenores, en sí mismos, de la mayor naturalidad. Y no es este, evidentemente, el caso de Marcos. La indigencia de su imaginación se destacará muy claramente de entre el carácter estereotipado de sus esquemas. Los trazos que va diseñando aparecen, aquí y allí, no como toques destinados a un efecto de conjunto, sino como recuerdos reales que se han ido agolpando a la memoria. *Son hechos que no añaden nada a la lección moral, o apologética; no hacen el milagro más sorprendente, no realzan la personalidad de Jesús; tienen su lugar en la narración, porque lo tuvieron antes en la realidad.* Para apreciar bien el valor de ciertas precisiones, menester es no olvidar la indiferencia de las escuelas judías por todo lo que no fuera un hecho".—El sabio exégeta indica de entre esos rasgos los más señalados, distinguiendo, sobre todo,

1 *Ev. selon S. Marc.* Introducción, p. LXXII.

los que están al margen de los hechos (A), y los que ayudan a comprender los sentimientos de los personajes (B).

A) I 19, 20, 29, 33; II 3, 5, 14, 23; III 9, 20, 32; IV 1, 38; V 6, 15, 32, 42; VI 3, 28, 31, 33, 39, 40, 48; VII 30, 33; VIII 14, 24; IX 3, 14, 15, 20, 26; X 17, 46, 50; XI 4, 7, 13, 16, 20; XII 41; XIII 1; XIV 3, 13, 40, 51s, 54, 68; XV 8, 21, 36.

B) I 41; III 5, 34; VI 20, 25, 34; VIII 2, 12, 32, 33; IX 19, 36; X 14, 16, 22, 23, 27, 32, 41; XI 11; XV 43.

“Aún cuando, concluye con razón un crítico liberal, muy conocido, M. Juan Weiss,¹ **aun cuando descubriéramos hoy una inscripción en la que el procurador Poncio Pilato atestiguase solemnemente que había hecho crucificar, en tal o cual día, a Jesús de Nazaret que se hacía pasar por rey de los Judíos, este hecho no aumentaría la fuerza del testimonio contenido en los Evangelios: tan perentorio es ese testimonio.**

Por lo tanto, vamos a indagar por qué razón tratan los comparatistas radicales, semejantes testimonios con una tal desenvoltura, por qué descuidan o deforman tradiciones profundamente sólidas. Una frase de Mauricio Barrés esclarece el camino. “La dificultad, decía, sea cual fuere el sistema que hubiéremos adoptado, está en vernos siempre constreñidos a admitir los hechos”. ¡Ah! Los mitólogos se atreven a acomodar y sujetar los hechos a opiniones preconcebidas; y no les queda otro remedio, por lo demás, si quieren rechazar el cristianismo.

1 *Jesus von Nazareth*, p. 171.

II

EL COMPARATISMO RADICAL ES
UN ENGENDRO PARTIDISTA

Allá va el pie a donde el corazón lo lleva
Adagio turco

Abismados servilmente en el monismo¹ que no admite sino una sola substancia, que es a la vez, espíritu y materia, a los autores de ese revuelo, que ha sido llamado "Die Jesusbewegung", el movimiento relativo a Jesús, rechazan la distinción entre el alma y el cuerpo, entre Dios y el universo. Ni existe, pues, ni acertaría a existir, a sus ojos Ser alguno exterior o superior al mundo, cuya acción intervenga en los fenómenos de la naturaleza en general o de la vida humana en particular. A partir de esto, "to be or not to be", so pena de disolverse, la filosofía monista debe² hallar una explicación natural por lo que respecta a las religiones que con acento unánime, proclaman ser reveladas. Pero ¿y los hechos? dirán algunos. Los hechos no se imponen a la razón del sabio; no, el sabio los somete a su doctrina. Un observador concienzudo, M. Goyau, ha sacado a la luz del sol ese **vicio de método** entre la mayor parte de los racionalistas del otro lado del Rin. Cuando un teólogo alemán olfatea y anuncia una "in-

1 Drews, *Der Monismus*, 2 vol. — El libro del mismo autor *Hat Jesus gelebt?* lleva como subtítulo: "Reden gehalten aus dem Berliner Religionsgespräch des deutschen Monistenbundes über die Christusmythe". — Desde Reimarus y Bruno Bauer hasta Harnack y Wrede, todos los adeptos de la escuela llamada crítica, escribe Felder, se acercan a la persona de Cristo con las suposiciones filosóficas del racionalismo". Acusación muy legítima, de la que M. Kiefl, profesor de filosofía en Wurtzbourg, ha hecho el objeto de un volumen especial: *Der geschichtliche Christus und die moderne Philosophie*.

2 Al igual que Haeckel ha compuesto según mejor le ha parecido diversos clisés para establecer la descendencia animal del hombre, del propio modo M. Notowitch no ha tenido empacho en inventar un supuesto documento indio para hacer creer falsamente que Jesús habría podido pasar diez y seis años entre los brahmanes y budistas.

verosimilitud histórica”, expresa una simple impresión, habla según su sentir personal, que con frecuencia difiere del de los teólogos vecinos. “Ello no ha podido ocurrir”: a sabiendas la crítica protestante se expresa de ese modo; no hace una deducción que allegue, en su menor, la imposibilidad física del sobrenatural y que lleve uncidos a su conclusión los campeones todos de esa menor; forma una inducción, una interpretación, frecuentemente arbitraria, de la historia”.¹

¿Cómo es que M. el *pastor Pflüger* rehusa la fe en Dios Padre? Por un motivo bien sencillo: “Una concepción más profunda ha ido desenvolviendo, a saber, el conocimiento de la identidad de la naturaleza y de Dios... No hay otro Dios que la naturaleza”. Según ese peregrino ministro del culto, “el anhelo del hombre moderno tiende a tergiversar el cristianismo histórico”. Ahí está. El anhelo del hombre, un apriorismo, y no el discurso racional, o los descubrimientos de los historiadores o de los sabios.

M. Drews adopta el mismo punto de vista: “La cuestión relativa al carácter histórico de Jesús, escribe, es una cuestión estrictamente filosófica”.

M. Couchoud está de acuerdo con él: “No es permitido ya a nadie creer que un ser tal, que un Hombre-Dios pueda existir y exista. Ello es independiente del querer individual. Una lenta evolución del entendimiento ha verificado. Las doctrinas de Kant no fueron inútiles del todo”. Y en otro lugar: “Puesto que el concepto de un Hombre-Dios no entra ya en una cabeza moderna y que es menester disociarlo dejemos al hombre, y guardemos al Dios.”²

Lo cual equivale a decir que es necesario acomodar los documentos a una teoría preconcebida, y leerlos al resplandor de una luz que los deforme. Y tenemos entonces cogido el hilo del raciocinio comparatista. Que Jesús haya aparecido en la historia con un carácter

1 *L'Allemagne religieuse*. El Protestantismo, p. 91-92.

2 O. c., pp. 111 y 185.

divino, san Pablo y los sinópticos lo atestiguan firme y fundadamente, sin que un solo testimonio pueda desmentirles en un punto capital; que después de haber meditado los textos, es necesario, o aceptar el cristianismo dentro de la Iglesia católica, y tal como ella le comprende, o renunciar a todo cristianismo, ello se impone, no cabe otra alternativa. Los comparatistas, empero, no le concedemos ninguna importancia. Al contrario, ello revela precisamente el mito. Un Dios personal no existe, no acertaría a existir, y menos con mayor motivo su hipostasis. Si, pues, todas las fuentes de la historia nos muestran al Cristo con una aureola divina, si por otra parte escapan a nuestro alcance las trazas de una idealización progresiva, una hipótesis queda que se adapta a nuestra filosofía: el sentimiento religioso de las multitudes ha creado poco a poco el relato evangélico y su héroe. ¿Cómo? La necesidad que experimentaban ciertas sectas judías de ver realizada por fin la idea mesiánica, la impresión que les causaban las religiones de misterios, diríase una vaga morbosidad producida por una sobreexcitación nerviosa, esa es la triunfante receta—y preparada la sopa, Marcos adereza el conjunto de sus averiguaciones.

Poco les importa el alcance de las pruebas. “A esta religión de los misterios se une el cristianismo, escribe *M. Salomón Reinach*. Aun cuando careciéramos de todo indicio que diese visos de verosimilitud a esa hipótesis, nos sería preciso recurrir a ella para establecer, al margen de toda intervención transcendental, la continuidad de los hechos religiosos.”¹ Los comparatistas radicales no deberían, en verdad, olvidar un epigrama célebre.

En cuanto a mí, rimo pronto y bien;
 Ignoro, dice Damon, ningún otro que me iguale;
 Nada a mi espíritu los versos le cuestan.
 —A fe mía, exclama un zumbón, cuéstanle lo que valen.

1 *Revue archéologique*, julio 1920, p. 150.

III

EL COMPARATISMO RADICAL CARECE DE FUNDAMENTO SERIO EN QUE APOYARSE

I. No hay para qué leer todo cuanto a los mitólogos se les ocurre decir sobre la historia de Jesús; ya uno se lo figura de antemano. Es un crítico liberal, M. Albert Réville, quien ha reflejado, con frase feliz, esa impresión que se adueña del alma y la penetra, produciéndole una desazón insoportable. "La historia evangélica, sin exceptuar aquellos de sus elementos que parece podrían aspirar a sentar plaza en la plena realidad de la historia, aún a los ojos de hombres difíciles de contentar en semejante materia, se presenta a nuestra consideración como despedazada, partida en pedazos; desmenuzada, y a cada uno de esos trozos, grandes y pequeños, se aplica el calificativo de mitos, o mejor de retazos, más o menos calculados, a una cantidad de pormenores míticos suministrados por las religiones anteriores, por los rituales, los códigos religiosos, las imagerías egipcias, hindúes, mitracianas, griegas, romanas y talmúdicas. No queda nada de todo ello, ni una brizna. El mito entra por doquiera, doquiera el mito no falta. Uno acaba por emudecer, por preguntarse si no es uno mismo un mito."¹

II. La ironía, indudablemente, por mordaz que sea, nunca tiene el peso de un argumento:

Pero contamos, además, también con pruebas positivas.

A

Las fuentes judías y paganas, sobre que M. Drews fundamenta su demostración, no son un amasijo

¹ *Revue de l'histoire des religions* 1902, A. XVI, 273.

del que, con diversas combinaciones, hayan tenido origen el conjunto y los detalles de la cristología cristiana. No podían ellas darnos ese resultado, y la razón es obvia; adolecen de un defecto más grave aún que el de la yegua de Rolando, que existía aunque muerta, ya que ellas *no existen* ni poco ni mucho.

I. Al querer descubrir los mitólogos ENTRE LOS JUDÍOS, un culto de Jesús anterior al cristianismo, niegan, en primer lugar

A) LA EXISTENCIA DE NAZARET; puesto que les conviene a su sistema que Jesús sea el Dios de una secta profundamente influida por el paganismo,¹ y no el ciudadano de la aldea humilde que la tradición oral y la documentaria señalan como el marco de su juventud.

Léase a este propósito una disertación del P. Lagrange, cuyo carácter técnico—que sólo los familiarizados con las lenguas semíticas sabrán justipreciar; nos impide el que la resumamos aquí.

Josefo nos enseña, por lo demás, que la Galilea estaba muy poblada: contaba entonces, dice, con 204 pueblecitos y 15 ciudades importantes. Ahora bien; de esas 219 localidades no conocemos sino una pequeña porción, y hasta en el hecho de que las cifras aducidas por el historiador judío fueran exageradas, un buen puñado de villorrios galileos ni nombrados estarían en ningún texto profano. Nada tiene, pues, de particular que Nazaret, aldea de mínima importancia, perteneciera a ese número.

¿Por qué, finalmente, la tradición cristiana habría situado en Nazaret el misterio de la Encarnación, y lue-

¹ Hemos visto que Josué = Jesús no es originariamente un nombre divino. Mas ¿y el epíteto de Nazareno que le acompaña? Vendría, según Smith, de la raíz N. S. R. que se halla 63 veces en el A. I. con el sentido de protector y de guardián. Remontariase hasta mucho más allá, puesto que el término babilónico Na-Sa-Ru se halla 7 veces con el mismo sentido en el código d'Hammourabi. La forma siríaca Nasarya, en la que se reconoce el nombre divino *yah*, significaría: Dios es protector. No sería ese un término de origen geográfico, sino un nombre de culto.—Esta hipótesis, responde M. Goguel, no podría ser atendida sino si se daban pruebas reales de la existencia de una secta precristiana de Nazarenos. Los indicios invocados por los mitólogos no podrían tener lugar.

go la larga y apacible vida oculta del Maestro? Se hubiera creado con ello diferentes dificultades de las que da testimonio un pasaje de san Juan (VII 40-41). "Muchos entre la multitud... decían: Este es verdaderamente el profeta. Otros: es el Cristo. Mas, reponían los otros, ¿es de la Galilea de donde debe venir el Cristo? ¿No afirma la Escritura que es del lugarejo de Belén?"—De no apoyarse la catequesis primitiva en hechos auténticos no hubiera ciertamente nunca abierto brecha a una creencia popular no menos falsa y perniciosa que la que hacía a José padre de Jesús.

B) ÉSA SECTA DE LOS NAZARENOS, tan secreta como extendida, los comparatistas *la inventan totalmente*. Invocan a este efecto, en su favor, un himno de los Naaseños en el que se ve a un ser celeste llamado Jesús presentarse ante su Padre y ofrecerse a descender sobre la tierra para libertar a los espíritus que se hallaban extraviados entre los elementos del mundo caótico, y un papiro en el cual se lee: "Yo te adjuro por Jesús, el dios de los Hebreos". Invocan además en provecho suyo los "Hechos de los Apóstoles" (XVIII 24-28, XIX 1-7); véanse sobre el particular algunas líneas del Padre y Doctor de la Iglesia griega, san Epifanio.

a) Mas el Jesús del himno naaseno es indiscutiblemente el Jesús histórico, y no como lo quisieran nuestros adversarios, un ser puramente celeste. Dada la forma en que le conocemos—la influencia de las epístolas paulinianas y del cuarto evangelio lo atestiguan—nuestro documento no se remonta a los tiempos anteriores de la era cristiana y no podría, por lo tanto, apoyar la hipótesis de un culto pre-cristiano de Jesús. Y tanto menos cuanto que, dice Bossuet, el nombre de Jesús $\epsilon\lambda\pi\epsilon\nu\ \delta\prime\ \text{I}\eta\sigma\sigma\omicron\upsilon\varsigma$ proviene tal vez de una recomposición o de una corrupción del texto $\epsilon\lambda\pi\epsilon\nu\ \delta\epsilon\ \acute{o}\ \nu\omicron\upsilon\varsigma$, ya que, al principio del cántico, figura como primera hipóstasis el $\nu\omicron\upsilon\varsigma$, y a sus lados, el Caos y el Alma por salvar. *Los Naaseños son, por consiguiente, gnósticos cristianos que rendían al Cristo los honores supremos.*

b) El papiro de que se nos habla, data del siglo IV y no menciona en modo alguno, digan lo que quieran los mitólogos, un Jesús pre-cristiano. Reproduce una fórmula mágica. Las fórmulas mágicas paganas, según lo sienta Deisman,¹ adoptaban sin dificultad nombres judíos o cristianos, sin que sus autores hubieran comprendido por ello el judaísmo o el cristianismo; se les vió colocar a Abraham, Isaac y Jacob entre los dioses de Israel.

c) El primer pasaje de los "Hechos" se refiere a Apolo quien "predicaba y enseñaba con cariño τὰ περὶ τοῦ Ἰησοῦ, por más que no conoció sino el bautismo de Juan". Ahora bien, según el sentir de nuestros adversarios, la ignorancia del bautismo cristiano supone la ignorancia de la historia del Cristo. Y como el hecho es tan "claro como la luz del sol al mediodía, el famoso orador de Efeso no anunciaba sino la doctrina antigua sobre Jesús de Nazaret. El mismo M. Smith conviene, por otra parte, que la expresión τὰ ἕξει τοῦ Ἰησοῦ significa frecuentemente las historias que se cuentan sobre un personaje cualquiera y las pericopas evangélicas en que la hallamos consignada (Marcos V 27-28, Lucas XXIV 19) son muy significativas a este respecto. *Se puede, pues, negar que Apolo sea un judío que propaga las enseñanzas de una secta; es un servidor del Cristo que nada sabe del bautismo nuevo.*

La posición de los doce apóstoles que Pablo halló en Efeso y que no habían sido aún bautizados en el nombre del Señor Jesús, debía ser cosa análoga (Act. XIX 1-7). "Si es indudable, por una parte, que el bautismo en el espíritu, predicho por Juan, fué instituído por Jesucristo (los Apóstoles, según los hechos, lo confieren desde el primer día a los que creen y lo imponen como rito esencial) debe asimismo reconocerse que el orden del bautismo forma parte de los preceptos del Cristo glorioso. *Aquellos discípulos podían ignorar las instruc-*

¹ *Licht vom Osten*, 1909, p. 186.

ciones dadas en ese período en que la Iglesia quedó definitivamente instituída. Juzgaban ellos que para ser discípulos de Jesús, bastaba con creer en él como en el Mesías y Hijo de Dios, y someterse al rito joánico del bautismo de la penitencia, para obtener la remisión de los pecados en el día del juicio venidero".¹

d) Por lo que se refiere a san Epifanio, "temperamento hecho de una sola pieza, falto de una cierta finura intelectual",² parece hablar algo confusamente: habría visto él en un grupo de Ebionitas a quienes los Judíos, en sus plegarias cotidianas, maldecían con el nombre de Mezrim (= cristianos), al mismo tiempo que a los herejes (= Minim), una secta judía anterior al cristianismo. No conocía, por otra parte, sino el nombre de ésta, *de manera que su testimonio, único a la vez que sospechoso, no cede en modo alguno a favor de un culto precristiano de Jesús.*

Así van desapareciendo uno por uno los argumentos con que los mitólogos nos salen al paso. M. Drews pretende también sacar partido de los terapeutas de Egipto; mas, escribe M. Juan Weiss, he examinado cuidadosamente los argumentos de ese hombre; he leído atentamente los pasajes (de los antiguos escritores) en los que se apoya: no he podido dar con la más ligera señal de semejantes cosas.³

2. Hablemos de las *fuentes paganas*. Su influencia es nula, en definitiva, dice en otro lugar⁴ el mismo crítico cuyos avances en el terreno del comparatismo son sorprendentes en cuantas cuestiones trata. Esperamos demostrarlo en el capítulo sobre la divinidad de Cristo, y no invocamos aquí sino los argumentos de autoridad. "La antigua literatura cristiana, hace notar otro protestante liberal, M. von Soden, se opone en

1 Rose in o. c.

2 Tixeront, *Patrologie*, p. 253.

3 *Die Geschichtlichkeit Jesu*, p. 5.

4 *Jesus von Nazareth*, p. 29.

compacto bloque a que la fe de los cristianos en la virtud redentora de la muerte de Jesús no sea sino una transformación de la idea pagana de la muerte de un Dios ofreciéndose a sí mismo en sacrificio.¹ J. Clemen, a cuyo entender “parecía a priori muy verosímil que el cristianismo, que sufrió la influencia de la religión israelita... haya sido influído también por otras religiones, bien que formando con ellas el más sorprendente contraste”. M. Clemen concluye después de un estudio detallado: “la mayor parte de los resultados tienen un carácter hipotético, no afectan para nada a la esencia más íntima del cristianismo, sino que se detienen todos más o menos en la corteza del mismo”. Este historiador advierte a los mitólogos que deben moderar sus pretensiones; sin ello, pasaría puramente y simplemente que deberían retirarse de la escena, como ha sido preciso hacerlo otras muchas veces.²

Y al exponer esta famosa controversia, nos viene a la pluma la frase que no hace mucho *Salomón Reinach* escribía en una hora de abandono, refiriéndose a un sistema menos radical que el “Cristo mito”: “Hed ahí un edificio levantado no con materiales de firme consistencia, de solidez probada y verdadera, sino con hipótesis posibles o probables que se sostienen, se aguantan en sus aristas mutuamente. Ese género de arquitectura lo conocen todos; es el de los *castillos de naipes*”.³ “No me hubiera yo atrevido a decirlo, observa M. Foucart, que es quien aduce el pasaje. Mas, es lícito declararlo, sin duda alguna, que no hay método científico alguno que pueda proponer como modelo la arquitectura de los castillos de cartas.”⁴

B

Por más que M. *Couchoud*, espíritu comprensivo y

1 *Hat Jesu gelebt?*, p. 42.

2 Textos citados por *Fillion*, o. c.

3 *Cultes, mythes, religions*, t. II, p. 88.

4 *La Méthode comparative dans l'histoire des religions*, p. 90. Cfr. Va-

estilista apreciable, no merezca rigurosamente una apreciación tan severa,¹ no es mucho mayor el peso de sus argumentos. Las pruebas que le son personales las saca, como llevamos dicho, de san Pablo. San Pablo, gnomo de fuego, quien “en Filipos, en la tienda de la pía Lidia, en casa de Jasón en Tesalónica, y en la de Justo en Corinto, y en la escuela de Tyrannos en Efe-so”, predicaba “un aspecto nuevo de Javé benigno, doloroso y humano”, un desdoblamiento del viejo Dios de Israel, el hijo divino de Javé, Aquel que salva (Thess, I 10), en menos palabras, un ser cuya existencia “no es un hecho de la historia sino una deducción de la exegesis, confirmada con el milagro”. Luego, “el largo hábito que se tiene de leer en primer lugar los evangelios, hace que se atribuya a Pablo, a pesar suyo, la imagen de Jesús que uno se ha formado con la lectura de los evangelios. Se expone uno a diferentes contrasentidos. Conviene interrogar a Pablo primero”, v. gr. Rom. I 2-3, I Cor XV 3-4, Phil, II 5-11 y sobre todo I Cor. II 8. Estos “trozos de antiguas escrituras ilustran, a quien tiene oídos, sobre las MAYORES ESCENAS DE LA HISTORIA DE JESÚS: (su nacimiento), su muerte y su resurrección. Desarróllanse todas (las tres) dentro las regiones de la mística, fuera del lugar y del tiempo, objeto de fe, *no de espontáneo asentimiento*”.²

Examinemos esos textos con esmero, porque, decididamente, los principios tradicionales

Cayendo al suelo al revés y abatidos, se inclinan
Como un manojo de hierba al filo de la hoz.³

a) Sea el primero el de la epístola a los Romanos I 2-3: “Pablo... apóstol... escogido para el evangelio de Dios, que había prometido anteriormente por sus

lensin *Jésus-Christ et l'histoire comparée des religions*, pp. 34-35.

1 La *Documentation catholique* del 3 noviembre 1923 ha reproducido, “a título de curiosa y apenadora comprobación”, un elogio de M. Couchoud escrito por M. Feliciano Challaye en *L'Europe*.

2 *Le mystère de Jésus*, passim.

3 Luis Mercier.

Profetas en las santas Escrituras, acerca de su Hijo Jesucristo nuestro Señor, que nació según la carne del linaje de David". "Aquí aun, dice Couchoud, se transparenta la mística odisea del Hijo de Dios. Pablo afirma que fué revelada a los profetas antiguos... Ello se colige de las santas Escrituras. *No dice que su vida humana ha sido relatada. Es revelada*".¹

Mas entonces, si el Mesías es un ser puramente espiritual y celeste, sin más lazo con la humanidad que una forma exterior, una forma irreal, ¿cómo es que el Apóstol le cuenta como formando parte de la línea de David? ¿Por qué opone el *κατὰ σάρκα* = el lado inferior de la personalidad de su Maestro a la parte superior = *πνεῦμα αἰωσούνης* en la que reside su extraordinaria santidad? Podía evitar esa contradicción violenta. La concepción mesiánica judía comprendía asimismo la idea de un Hijo del hombre venido del cielo con potestad para ejercer los juicios de Dios.

b) El segundo texto (comentaremos la I Cor. XV 3-4 en el capítulo de la Resurrección) lo toma M. Couchoud de la carta que Pablo dirige a los Filipenses (II 6-11). "El cual teniendo la naturaleza de Dios, no es por usurpación que fué igual a Dios; y no obstante se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo, hecho semejante a los hombres, y reducido a la condición de hombre. Se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual también Dios le ensalzó, y le dió nombre superior a todo nombre: a fin de que al nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno; y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre". Este pasaje, LA MÁS ANTIGUA FORMA DE LA HISTORIA DE JESÚS, dice Couchoud sería un fragmento de apocalipsis que NO PUEDE VENIR SINO DE UNA REVELACIÓN DE LO ALTO, Y EL MITO

1 O. c., p. 131.

QUE EXPRESA SE HALLA originariamente, con mayor abundancia de pormenores, en un viejo documento de color gnóstico, emparentado con las leyendas sagradas de ciertos misterios griegos, LA ASCENSIÓN DE ISAÍAS.¹

Ahora bien; el desenvolvimiento cristológico que nos ocupa *no es la más antigua forma de la historia de Jesús*. De no ser así Pablo no lo hubiera mencionado de una manera incidental, en una carta puramente moral y de consejos prácticos, para recomendar a sus destinatarios el olvido de sí mismos. Por el testimonio del contexto (I 1, 6, 8, 10, 11 sobre todo 29), vemos que los Filipenses conocían ya a Cristo; faltábales aún conocer mejor el alcance moral de su obra y conformar su conducta al tenor del Evangelio.

Por lo demás, *la preexistencia, la cualidad de hombre celestial* (I Cor. IV 47), "no están en pugna con el carácter humano y terrestre de la persona de Jesús, implican solamente la idea que la humanidad no puede explicar en toda su extensión esa persona y su misión... Del mismo modo que Pablo tiene el sentimiento de que el Cristo espiritual habitaba y vivía en él (Gal. II 2.^o), sin perder, por ello, la conciencia de su personalidad humana, así también ha podido ver en Cristo un ser celeste y preexistente, sin por ello abstraerle a la humanidad".² Y, por otra parte, nada prueba, como Couchoud quiere, que el Apóstol haga depender su conocimiento del Maestro únicamente de alguna reve-

1 El profeta, en el curso de un arrobamiento es levantado mundos a través hasta el séptimo cielo. Allí, asiste a la escena misteriosa que señalará el fin de los tiempos. Dios ordena a un ser, que es llamado el Predilecto, el Elegido o el Hijo, descender a través de los siete cielos el firmamento, el aire y la tierra hasta el sheol donde debe atar al ángel de la muerte. Para que su descenso permanezca desapercibido de los ángeles que habitan los mundos sobrepuestos, el Hijo recibe el poder de tomar, en cada uno de ellos, una forma semejante a la de los mismos que allí residen. Cumplida su misión, se remonta, esta vez con su propia figura, hasta el séptimo cielo. Asistiendo a su ascensión gloriosa los ángeles quedan sobrecogidos de estupor. Se preguntan cómo es que el descendimiento del Hijo de Dios ha podido escapárseles desapercibido y son obligados a glorificarle. El ser celeste va así a asentarse a la derecha de la gran gloria.

2 Goguel, o. c., p. 119.

lación; puede muy bien apoyarse sobre un fundamento histórico, testimonio o comprobación.

Finalmente, *la Ascensión de Isaías no sugiere*, a nuestro parecer, "la forma en que Pablo narraba la historia de Jesús cuando la narraba a grandes rasgos". Su fragmento principal,¹ el solo que nos interesa en esta nuestra polémica, se remonta a la segunda mitad del siglo segundo. Además, ofrece con respecto a la carta a los Filipenses, varias divergencias notables: en tanto que Cristo se despoja de las prerrogativas exteriores de la condición de Dios, desciende del cielo a la tierra por sus propios medios, e inmediatamente se hace hombre, después, vuelto a su Padre, destruye las potencias malignas al volver de los cielos en la parousia, el Bien Amado o el Elegido atraviesa una por una las diferentes mansiones del Universo, reviste una tras otra la forma de los seres que las habitan, no penetra en el *scheol* sino gracias a la intervención de Satán, y triunfa de los príncipes, de los ángeles y de los dioses de este mundo, remontándose a las alturas...²

c) Después de todo, no importa. Couchoud nos reserva un argumento decisivo. "Existe, dice san Pablo (1 Cor. II-6-9), una sabiduría... que ninguno de los príncipes de este siglo ha entendido: que si la hubiesen entendido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria". Esos *ἀρχόντες* que suspendieron a Jesús del madero, no serían personajes de carne y huesos, como parece a primera vista, sino seres míticos;³ el relato de la crucifixión respondería a una sugestión

1 Esta obra comprende tres partes: un relato puramente judío del martirio de Isaías, una visión apocalíptica sobre la decadencia de la Iglesia y el retorno del Señor, y la Ascensión propiamente dicha.

2 Pablo es elevado al tercer cielo y no al séptimo como Isaías. En la Ascensión, los cinco primeros cielos pertenecen al mundo inferior, mientras que Pablo tiene la persuasión de haber sido elevado hasta el mundo superior. Con respecto a Pablo, la revelación se cumple por audición de palabras inefables. En la Ascensión, por medio de visiones comentadas. Pablo no puede repetir lo que ha oído, Isaías refiere su visión a Ezequías y a los otros profetas.

3 "En la apocalipsis atribuida a Isaías, se dice (IX, 14) que los

del salmo XXII, tal como se lee en los Setenta; y, por lo tanto, el drama al cual el Apóstol alude HABRÍA TENIDO LUGAR ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA, EN UNA ATMÓSFERA DE APOCALIPSIS.

Pero, *esta hipótesis reposa de nuevo sobre comparaciones inexactas* con "La Ascensión de Isaías". Ignoran los ángeles de esta apocalipsis gnóstica que el Bien-Amado ha dejado los cielos para descender hacia la tierra, y no dificultan la realización de su obra: su misión es del todo negativa e inconsciente. Por el contrario, los arcontas puestos en escena por san Pablo saben bien, parece, que tratan con el Señor mismo, y asumen la responsabilidad de su muerte.

Por lo que se refiere al salmo XXII, Justino Mártir es el primer autor que lo aplicó a la historia de la pasión; el Nuevo Testamento lo cita diversas veces, sin relacionar nunca ninguno de sus pormenores, directa o indirectamente, con el suplicio del Calvario; y ello prueba que el salmo no ha podido ejercer la influencia que se le atribuye. Por otra parte, las palabras "han atravesado mis manos y mis pies" no constituyen una alusión clara a la crucifixión, por cuanto los pies de la víctima, quizás hasta sus manos, quedaban sujetos con frecuencia al leño más con cuerdas que no con clavos.¹ Y no es eso sólo. El texto hebreo en el que Marcos (XV 34) y Mateo (XXVII 46) se han inspirado, y de ello es una prueba su "Eloi! Eloi! Lema Sabachtanei", *el texto hebreo dice sencillamente: ataron.*

Después de lo cual, los ἀρχοντες ¿son los demonios que recorren el aire y el firmamento? Mientras, falta de apoyo, la construcción de Couchoud se viene al suelo por sí misma, fundados firmemente, por nuestra parte, en el contexto de nuestro pasaje, particularmente en el sentido que se deriva de la expresión

Príncipes de este mundo suspenderán del leño al Predilecto sin saber quién es. El menosprecio de los arcontes celestes es un tema esencial". Couchoud, o. c., p. 132.

¹ Cfr. Fillion, *Vie de N. S. J. C.*, t. III, pp. 482-483.

ἐν μυστηρίῳ,¹ vemos expresados en “los príncipes de este siglo” bien a los Fariseos y a sus Escribas en general, bien a Anás y Caifás, Herodes y Pilato, maquinadores ciegos que pusieron por obra, sin saberlo, el plan providencial acordado por Dios, desde toda la eternidad, para elevar al hombre a la gloria eterna. Si hubiesen ellos sospechado un momento la gloria de Jesús, quién era en realidad, hubieran adoptado para con él una actitud bien diferente.

Y no deja de ser cosa muy curiosa el que Couchoud no haya logrado contar en sus asertos con el convencimiento de sus propios colaboradores. M. Houdin, redactor del primer cuaderno publicado por la casa Rieder con el título general “Cristianismo”, escribe a despecho de su maestro: “La historia del cristianismo me parece tan igualmente inexplicable, sin Jesús, como la del Islamismo sin Mahoma o la del Pitagorismo sin Pitágoras”.² Y lo que es más, Couchoud mismo imita de Sancho el silencio prudente. “En el curso de las discusiones que tuvieron lugar, el invierno último, en “la Unión por la Verdad”, críticos se le presentaron, hechos se le citaron que están en contradicción con su tesis. Nadie se extrañará de que esas objeciones no le hicieran enmudecer, mas es justo admirarse de que, en el volumen que acaba de publicar, no haya procurado salir del atolladero”.³

III. Los mitólogos, por otra parte, deberían construir su sistema sobre fundamento sólido; andan necesitados más que nadie de argumentos perentorios, pues la música celestial de su letrilla evangélica la sitúan en un **ambiente refractario a la aparición del mito.**

1. Cuando nació el cristianismo y se desarrolló en tierras de Judea *¿los tiempos fabulosos no eran muy*

1 Véase nuestro capítulo sobre la divinidad de Jesucristo.

2 *Courte histoire du Christianisme*, p. 13, n. 2.

3 Goguel, o. c., p. 8. “Le mystère de Jésus” (1924) no supera mucho al artículo del R. P. de Grandmaison publicado en agosto 1923 en *Le Mercure de France*.

lejanos, tiempos en los que la historia se confunde con la leyenda, en los que le da al hombre por redactar la biografía de sus dioses? Los sabios han estudiado ese país, con sus trastornos políticos, con sus clases sociales y sus partidos bien caracterizados, con las corrientes de ideas que lo atravesaban y agitaban, con las influencias que se producían, y le conocemos no menos que la Francia del 18 Brumario o la Prusia al día siguiente de Sadowa. Sus personajes contemporáneos de Cristo, los tres Herodes, Anás, Caifás y Gamaliel, Poncio Pilato, Festus y Galión, hermano de Séneca, Juan Bautista, Simón Pedro y Santiago, se les percibe moviéndose en una luz histórica tan pura como la que baña, en el siglo XIX, a los adversarios, a los generales y los ministros de Napoleón, y a los colaboradores obstinados de Bismarck. Y nuestras fuentes de información son de excelente calidad: resisten después de dos mil años a los asaltos de la crítica bien rabiosa o ya inquieta, a la fiscalización de la ciencia imparcial. Si se habla de infiltraciones legendarias, el embellecimiento de los relatos por la tradición continúa igualmente; esperamos demostrar más adelante que están las cosas donde estaban. Mas barruntar aquí el mito, la alegoría que destroza los hechos, la creación anónima y espontánea, no, eso es verdaderamente confundir sobremanera los géneros literarios.

2. Nunca un hombre se había atrevido a tanto antes de Dupuis. Ni se sospechaba hasta entonces que la historicidad de Jesús pudiese ser objeto de la más ligera controversia; y *ninguna voz, entre los clamores de los herejes y de los paganos agresivos, se había levantado contra la afirmación* que resuena ya en el capítulo cuarto de los Hechos (v. 27), que fluye de la pluma de san Pablo (I Tim. VI 13) y que el Símbolo de los Apóstoles pone cada día, claramente, en los labios cristianos: Cristo padeció bajo el poder de Poncio Pilato.¹

¹ "En ninguno de los cuatro evangelios se halla nada que vaya directa o indirectamente dirigido contra la tesis según la cual la persona

Este argumento consigue blanco doble. "Las iglesias de los primeros tiempos recurrieron en las horas más trágicas, se dice, al ejemplo del Maestro para sostener a los fieles y enardecerlos a obrar como él obró. Ahora bien; ¿cómo hubieran ellas retraído la escena ante Pilato, si no se hallaban plenamente convencidas de la realidad de los hechos, si hubiesen abrigado la menor sospecha acerca de la pasión, de la muerte y en general de la historicidad de la persona de Jesús? La mención que de Pilato se hace en los documentos antiguos permanecerá siempre siendo el obstáculo más serio a la transformación de la historia evangélica en un mito",¹ una razón más para negar todo crédito al comparatismo radical.

IV

EL COMPARATISMO RADICAL NO MERECE LA MENOR CONSIDERACION

"Parturiunt montes: nascetur ridiculus mus". Ese largo derroche de tratados y de conferencias, de erudición, de cólera y de odio² ha terminado de la manera

de Jesús no hubiera tenido realidad histórica alguna. Rasgos hay, en diversos relatos de apariciones, que iluminan esplendorosamente la realidad del cuerpo de Jesús resucitado (Lc. 24, 39-42. In. 20, 25-29); nunca uno solo de los evangelistas experimentó la necesidad de afirmar de la misma manera la realidad del cuerpo de Jesús durante su ministerio. Es, pues, que no hubieron de tenérselas con adversarios que la discutirían. El alcance de este hecho es considerable, porque es ya a muy poco de su nacimiento que el cristianismo tuvo que habérselas en franco choque con la oposición judía. ¿Cómo hemos de suponer que los primeros adversarios del Evangelio hayan podido ignorar que toda la historia de Jesús, de sus enseñanzas y de su muerte, no correspondía a alguna realidad? Que ello se ignorara en la Diaspora, aún pase, mas en Jerusalén parece cosa insostenible, y, de haberse sabido, ¿cómo los adversarios del cristianismo habrían podido pasar por alto un argumento tan terrible o cómo, si de él hubieran echado mano, los cristianos habrían podido lograr refutarlo de una manera tan completa que ninguna señal de la discusión haya subsistido y que el recuerdo mismo no haya sido conservado por los polemistas del siglo segundo?" (Baldensperger, *Il a rendu témoignage devant Ponce-Pilato*. Strasbourg, Paris, 1922, p. 6). Citado por Goguel.

¹ *Recherches de science religieuse*, mayo-agosto 1923. Lebreton, *Bulletin d'histoire des origines chrétiennes*.

² Drews, *Die Christusmythe*, t. II, p. XXII, confiesa que quiere